

libertad de la prensa quedase de nuevo formalmente asegurada. «Jamás hemos podido, dijo aquel excelente hombre á sus colegas, hacer uso de la palabra en este recinto sin exponernos á insultos y amenazas. Si hemos de emitir nuestro parecer en las discusiones que en lo futuro se necesiten, si queréis que podamos contribuir con nuestras luces á la obra común, es preciso dar nuevas seguridades á los que quieran hablar ó escribir.»

Algunos días después, Frerón, el amigo y el colega de Barras en su misión á Tolón, el confidente de Dantón y de Camilo Desmoulins, y después de su muerte el enemigo más fogoso del comité de salvación pública, Frerón unió su voz á la de Durand-Maillane, pidiendo la libertad ilimitada de la prensa. Los pareceres se dividieron: aquellos que habían estado oprimidos durante la última dictadura y que deseaban al fin dar impunemente su opinión en todas las cosas, aquellos que se mostraban dispuestos á combatir enérgicamente la revolución, pedían una declaración formal para garantizar la libertad de hablar y escribir. Los montañeses, presintiendo el uso que se trataba de hacer de aquella libertad, viendo que se preparaba un desbordamiento de acusaciones contra todos los hombres que ejercieron algunos cargos durante el terror, y otros muchos también que sin tener temores personales apreciaban el peligroso medio que se iba á ofrecer á los contrarrevolucionarios cuando ya hormigueaban por todas partes, oponíanse á una declaración expresa. Alegaban como argumento que la declaración de los derechos consagraba la libertad de la prensa; que era inútil consagrarla de nuevo, puesto que equivalía á proclamar un derecho ya reconocido, y que si se tenía por objeto hacerla ilimitada se cometía una imprudencia. «Vais á permitir, pues, dijeron Bourdón de l'Oise y Cambón, que el realismo surja é imprima cuanto le plazca contra la institución de la república.» Todas estas proposiciones fueron enviadas á los comités competentes para que examinasen si había lugar á una nueva declaración.

Así, pues, el gobierno provisional destinado á regir la revolución hasta la paz, se había modificado completamente, según las nuevas disposiciones de clemencia y de seguridad que se manifestaban desde el 9 termidor. Los comités de gobierno, el tribunal revolucionario y las administraciones locales quedaban reorganizados y depurados, declarada la libertad de la prensa, y todo anunciaba una nueva marcha.

No tardó en darse á conocer el efecto que debían producir estas reformas. Hasta entonces, el partido de los revolucionarios ardientes había estado en el gobierno mismo; componía los comités y mandaba á la Convención; reinaba en los jacobinos y llenaba las administraciones municipales y comités revolucionarios de toda Francia; pero desposeído ya, iba á quedar fuera del gobierno y á formar contra él un partido hostil.

Los jacobinos dejaron de reunirse en la noche del 9 al 10 termidor. Legendre había cerrado el club, depositando las llaves en la mesa de la Convención; pero se devolvieron después, permitiéndose á la sociedad que se reconstituyera mediante la condición de depurarse. Se eligieron quince socios de los más antiguos para examinar la conducta de todos los demás durante la noche del 9 al 10; no debían admitir sino á los que habían permanecido en su puesto de ciudadanos durante aque-

lla famosa noche, en vez de dirigirse al Ayuntamiento para conspirar contra la Convención. Mientras se depuraba la sociedad, los individuos antiguos fueron admitidos en la sala como interinos. Comenzada la depuración, hubiera sido difícil instruir un informe para cada uno de ellos, y por lo tanto contentáronse con interrogarlos juzgando por sus respuestas. Ya se comprenderá hasta qué punto debía ser el examen indulgente, en el hecho de juzgarse los jacobinos á sí mismos. En pocos días quedaron reinstalados más de seiscientos individuos sólo por la simple declaración de haber estado durante la famosa noche en el sitio que les imponía su deber. La sociedad quedó, pues, reconstituída como lo estaba antes, figurando en ella todos los individuos que, afectos á Robespierre, á Saint-Just y á Couthón, los echaban de menos, considerándolos como mártires de la libertad y víctimas de la contrarrevolución. Junto á la sociedad madre existía aún aquel famoso club electoral, al que se retiraban los que deseaban hacer proposiciones que no debieran oírse en los jacobinos, y donde se habían tramado las más célebres jornadas de la revolución. Hallábase entonces en el palacio del Obispado, y se componía de los antiguos franciscanos, de los jacobinos más resueltos y de los hombres más comprometidos durante el terror. Este club y el de los jacobinos debían llegar á ser naturalmente el asilo de aquellos empleados que por la nueva depuración iban á quedar sin su destino, y esto fué lo que sucedió. Los jurados y jueces del tribunal revolucionario, los individuos de los cuarenta y ocho comités en número de unos cuatrocientos, los agentes de la policía secreta de Saint-Just y Robespierre, los portadores de órdenes de los comités, que formaban la cuadrilla del famoso Herón, los dependientes de diversas administraciones, y en una palabra, los empleados de toda especie, cesantes de los empleos que ejercían, se reunieron en los jacobinos y en el club electoral, ya porque fuesen socios ó se hicieran inscribir por la primera vez. Iban allí á exhalar sus quejas y resentimientos; mostrábanse inquietos por su seguridad; temían las venganzas de aquellos á quienes perseguieron, y echaban de menos lucrativos cargos. Esto último sucedía sobre todo con los que, siendo individuos de los comités revolucionarios, habían podido aumentar su sueldo por medio de dilapidaciones de toda especie. La reunión de aquellos hombres formaba un partido violento y tenaz, que á la fogosidad natural de sus opiniones agregaba entonces la irritación que causaba el interés perdido. Y lo que pasaba entonces en París, sucedía en toda Francia: los individuos de las municipalidades, de los comités revolucionarios y de los directorios del distrito se reunían en las sociedades afiliadas á la sociedad madre é iban á depositar allí en común sus temores y sus odios. Tenían en su favor al pueblo bajo, destituido también de sus funciones desde que no recibía cuarenta sueldos por asistir á las asambleas de sección.

Por odio á este partido y para combatirlo, organizábase otro que en rigor no hacía sino revivir: figuraban en él todos aquellos que habían sufrido ó guardado silencio durante el terror, y creían llegado el momento de despertarse y dirigir á su vez la marcha de la revolución. Ya hemos visto que con motivo de dar la libertad á los presos, los parientes de los detenidos ó de las

víctimas se presentaban en las secciones, y agitábanse, ya para que se abriera una prisión ó para denunciar ó perseguir á los comités revolucionarios. La nueva marcha de la Convención y las reformas comenzadas aumentaban las esperanzas y el valor de aquellos primeros oponentes. Perteneían á todas las clases que sufrieron opresión, cualquiera que fuese su rango, pero sobre todo al comercio y á la clase media, á ese tercer estado laborioso, moderado y opulento, que monárquico y constitucional con los constituyentes y republicano con los girondinos, se había eclipsado desde el 30 de mayo, viéndose expuesto á persecuciones de toda especie. En sus filas se ocultaban entonces los restos, muy escasos, de una nobleza que aún no se atrevía á quejarse de su humillación, aunque sí de la violación de los derechos de la humanidad respecto á ella; y algunos partidarios de la monarquía, hechuras ó agentes de la antigua corte, que no habían cesado de suscitar obstáculos á la revolución, tomando parte en todas las oposiciones nacientes, cualquiera que fuese su sistema y carácter. Eran, como de costumbre, los jóvenes de esas diferentes clases los que se pronunciaban con más viveza y energía, porque la juventud es siempre la primera en sublevarse contra un régimen opresor. Llenaban las secciones, el palacio real, los parajes públicos, y emitían su opinión de la manera más enérgica contra los que llamaban terroristas. Su causa era noble: los unos habían visto á sus familias perseguidas; los otros temían que se las persiguiese un día, si llegaba á restablecerse el régimen del terror, y juraban oponerse con todos sus esfuerzos. Sin embargo, el secreto de la oposición de muchos de ellos estaba en la requisición; habíanse substraído los unos ocultándose, y otros acababan de abandonar los ejércitos al tener conocimiento del 9 termidor. A ellos se agregaban los escritores perseguidos durante las últimas épocas, siempre tan dispuestos como los jóvenes á tomar parte en todas las oposiciones, y que ya llenaban los diarios y folletos con violentas diatribas contra el régimen del terror.

Ambos partidos se pronunciaron de la manera más enérgica y opuesta contra las modificaciones introducidas por la Convención en el régimen revolucionario. Los jacobinos y los clubistas gritaron contra la aristocracia; quejábanse del comité de seguridad general, que ponía en libertad á los contrarrevolucionarios; y también de la prensa, de la cual se hacía un uso cruel contra aquellos que habían salvado á Francia. La medida que les zahería más era la depuración general de todas las autoridades: no osaban declararse precisamente contra la renovación de los individuos, porque hubiera sido confesar motivos demasiado personales; pero pronunciábase contra la manera de reelegir; sostenían que se debía devolver al pueblo el derecho de elegir sus magistrados; que hacer nombrar por los diputados en comisión á los individuos de las municipalidades, de los distritos y de los comités revolucionarios era cometer una usurpación, y que reducir las secciones á una reunión por década equivalía á violar el derecho que tenían los ciudadanos para reunirse y deliberar sobre la cosa pública. Estas quejas estaban en contradicción con el principio del gobierno revolucionario que prohibía toda elección hasta la paz; pero los partidos no temen las contradicciones cuando su interés está

comprometido: los revolucionarios sabían que una elección popular les conduciría á sus cargos.

La clase media en las secciones, los jóvenes en el Palacio Real y parajes públicos y los escritores en los periódicos pedían con vehemencia el uso ilimitado de la prensa, quejándose de ver aún en los comités actuales y en las administraciones demasiados agentes de la anterior dictadura; osaban ya hacer peticiones contra los representantes que desempeñaron ciertas comisiones; desconocían todos los servicios prestados, y comenzaban á difamar á la misma Convención. Tallián, que en su calidad de principal termidoriano se consideraba como particularmente responsable de la nueva marcha comunicada á los negocios, hubiera querido que se determinase ésta con vigor, sin flaquear en uno ó en otro sentido. En un discurso lleno de sutiles distinciones entre el terror y el gobierno revolucionario, y cuyo sentido general era que, sin emplear una crueldad sistemática, se debía conservar sin embargo suficiente energía, Tallián propuso declarar que se mantenía el gobierno revolucionario, y que por lo tanto no debían convocarse las asambleas primarias para hacer elecciones; pero anunciando al mismo tiempo que todas las medidas de terror quedaban proscritas, y que se considerarían como tales las persecuciones contra los escritores que hubieran emitido libremente sus opiniones.

Estas proposiciones, que no indicaban ninguna medida precisa, y que sólo eran una profesión de fe de los termidorianos, quienes deseaban colocarse entre los dos partidos sin favorecer á ninguno, fueron remitidas á los tres comités, de salvación pública, de seguridad general y de legislación, á los que se enviaba todo lo referente á estas cuestiones.

Sin embargo, no eran aquellos medios los más oportunos para calmar la cólera de los partidos, que continuaban dirigiéndose inyectivas con la misma violencia; y lo que contribuyó sobre todo á que aumentase la inquietud general, multiplicando los motivos de queja y las acusaciones, fué la situación económica de Francia, más deplorable tal vez en aquel momento que lo había sido nunca, aun en las épocas más calamitosas de la revolución.

A pesar de las victorias de la república, habían sufrido los asignados una baja muy rápida, y no pasaban ya en el comercio sino por la sexta ú octava parte de su valor, lo cual producía una terrible incertidumbre en los cambios, contribuyendo á que el *máximum* fuera más imposible y perjudicial que nunca. A decir verdad, lo que desacreditaba los asignados no era la falta de confianza, pues no se podía temer ya por la existencia de la república, sino su excesiva emisión, que iba creciendo á medida que su valor disminuía. Los impuestos, difícilmente recaudados, y pagados en papel, suministraban apenas la cuarta ó quinta parte de lo que gastaba mensualmente la república en las atenciones extraordinarias de la guerra; por lo cual era preciso suplirlos con nuevas emisiones.

Así fué que, desde el último año, la cantidad de asignados en circulación, que se esperó reducir á menos de dos mil millones por medio de diferentes arreglos, había ascendido, por el contrario, á cuatro mil seiscientos.

A esta acumulación excesiva de papel moneda y al

desprecio con que se miraba, agregábanse todas las calamidades resultantes de la guerra ó de las inauditas resoluciones que había dictado ésta. Se recordará que para establecer una relación forzosa entre el valor nominal de los asignados y las mercancías, se había ideado la ley del *máximum*, la cual fijaba el precio de todas las cosas, no permitiendo á los comerciantes aumentarlo en proporción á la baja del papel; y se tendrá presente también que á estas providencias se habían arreglado las *requisiciones*, por cuyo medio quedaban los representantes ó agentes de la administración autorizados para requisar todo lo que necesitase el ejército ó los ayuntamientos, pagándolo en asignados y al precio del *máximum*. Estas medidas habían salvado á Francia, pero produciendo en los cambios y circulación extraordinarias alteraciones.

Ya hemos visto cuáles fueron los principales inconvenientes del *máximum*, esto es, el establecerse dos mercados: uno público, en que los vendedores exponían lo peor que tenían y en la menor cantidad posible, y el otro secreto, en que vendían lo mejor á dinero y á precio libre; el ocultar comunmente los géneros, que los vendedores lograban substraer á la vigilancia de los encargados de las requisas, y finalmente el trastorno y la paralización de la industria, porque los fabricantes no sacaban con el precio que se fijaba á sus productos los gastos que les costaban. Todos estos inconvenientes de doble comercio, de ocultación de géneros y paralización de industria, se habían ido aumentando, pues en todas partes existían dos comercios, uno público é insuficiente, otro clandestino y usurario. Había dos calidades de pan, dos de carne y dos de todo lo demás, una para el rico que podía pagar en dinero, ó dar más de lo que fijaba el *máximum*, y otra para el pobre artesano y jornalero, que no podía dar más que el valor nominal del asignado. Los vendedores habían ido adquiriendo cada día más sagacidad para ocultar los géneros, pues daban declaraciones falsas; no trillaban el trigo, pretextando la falta de brazos, que por otra parte era muy cierta, porque la guerra había absorbido más de un millón y quinientos mil hombres, y se quejaban de la mala cosecha, que ciertamente no fué tan favorable como se había creído al principio del año, cuando en la festividad del Ser Supremo se daban gracias al cielo por las victorias y por la abundancia de las mieses. En cuanto á los fabricantes, habían abandonado enteramente sus trabajos.

Hemos visto que en el año anterior, por no ser injusta la ley con los mercaderes, debió también dirigirse á los fabricantes, fijando el precio de las mercancías en las mismas fábricas y añadiéndole el de conducción; mas esta ley perjudicaba del mismo modo, porque sufriendo la primera materia y la mano de obra el aumento general, los fabricantes no habían podido hallar medio de sacar ganancia y se retiraron de sus trabajos. Lo mismo sucedía á los comerciantes. El flete de los géneros de la India se había aumentado, por ejemplo, de ciento cincuenta francos la tonelada á cuatrocientos, y los seguros de cinco y seis por ciento á cincuenta y sesenta; de modo que los comerciantes no podían vender los productos importados al precio que el *máximum* fijaba, é interrumpían por lo tanto sus expediciones. Ya en otro punto observamos que fijando un precio

hubieran debido fijarse todos, pero esto era imposible.

El tiempo fué descubriendo otros inconvenientes particulares del *máximum*. En toda la Francia se había establecido uniformemente el precio de los granos; pero no siendo igualmente costosa y abundante en las diferentes provincias la producción del trigo, la tarifa legal se hallaba en enorme desproporción según los distintos puntos. La facultad que se daba á los ayuntamientos de fijar los precios de todos los géneros producía otra clase de desorden; pues cuando faltaban aquéllos en un pueblo, subían el precio las autoridades, y entonces se presentaban géneros con perjuicio de los pueblos vecinos, y á veces había abundancia en un punto y escasez en otro, según los que ponían la tarifa; los movimientos del comercio, en lugar de ser naturales y regulares, eran caprichosos, desiguales é inciertos.

Todavía eran más perjudiciales las resultas de las requisiciones, de las cuales se servían para proveer á los ejércitos; para surtir los almacenes y arsenales de cuanto necesitasen, para abastecer á las grandes poblaciones, y algunas veces para procurar á los fabricantes y manufactureros las materias que habían menester. Los representantes, los comisionados de los ejércitos y los agentes de la comisión del comercio y provisiones tenían facultad de requisar. Cuando el riesgo era inminente, las requisas se hacían con precipitación y desorden, cruzándose á veces más de una sobre un mismo objeto, de manera que el requisado no sabía á quién atender. Además, casi siempre eran las facultades ilimitadas, porque á veces se requisaba todo un género en un pueblo ó departamento y entonces los arrendadores ó mercaderes sólo podían vender á los agentes de la república, de modo que quedando interrumpido el comercio, el objeto requisado permanecía largo tiempo sin llevarse ni ser pagado, y la circulación, por lo mismo, se hallaba paralizada. En la confusión que de la prisa resultaba, no se calculaban las distancias y se dirigía la requisita al departamento más distante del pueblo ó ejército que trataban de abastecer, lo cual multiplicaba los transportes, y hallándose agotados muchos ríos y canales por una extraordinaria sequía, no habían quedado más que los caminos, quitándose á la agricultura sus caballerías para los acarreos. Unido este servicio extraordinario á una exacción de cuarenta y cuatro mil caballos para el ejército, se habían hecho éstos muy raros, y casi no existían ya medios de transporte. Por una consecuencia de este mal calculado y frecuentemente inútil movimiento, se hallaban en los almacenes públicos amontonados sin cuidado alguno y expuestos por lo común á toda especie de averías multitud de géneros y provisiones. Los ganados adquiridos para la república estaban mal nutridos, y así llegaban muy flacos á los mataderos y escaseaban la carne gorda, el sebo, la grasa, etc., etc. A los transportes inútiles se agregaban los excesivos consumos y frecuentemente los más culpables abusos. Algunos agentes infieles volvían á vender de oculto al precio más alto los géneros que habían sacado, según el *máximum*, por medio de las requisas; y este fraude también lo hacían los mercaderes y fabricantes, que proporcionándose una orden de requisita para conseguir provisiones, vendían después por debajo de cuerda y al contado lo que compraban según el *máximum*.

Unidas todas estas diferentes causas á los efectos de la guerra continental y marítima, habían reducido el comercio al más deplorable estado. No había ya comunicación con las colonias, y los cruceros ingleses habían hecho casi inaccesibles y que habían asolado además los furios de la guerra. La principal, Santo Domingo, había sido entregada á fuego y sangre por los varios partidos que se la disputaban; circunstancias todas que hacían casi imposible la comunicación exterior, contribuyendo también á este estado de aislamiento otra medida revolucionaria, el secuestro dictado contra los bienes extranjeros, á quienes la Francia hacía la guerra. Se recordará que la Convención, al ordenar este secuestro, tuvo por objeto reprimir el agiotaje de papel extranjero, impidiendo que los capitales abandonasen los asignados para convertirse en letras de cambio sobre Francfort, Amsterdam, Londres, etc. Al apoderarse de los valores que tenían en Francia los españoles, alemanes, holandeses é ingleses, se provocó una medida semejante por parte del extranjero, y cesó entre Francia y Europa toda circulación de efectos de crédito. Sólo existían relaciones con los países neutrales, el Levante, Suiza, Dinamarca, Suecia y los Estados Unidos; pero la comisión comercial y de los abastecimientos usó de ellos únicamente para adquirir granos, hierro y otros artículos que necesitaba la marina. Al efecto requisó todo el papel; daba á los banqueros franceses el valor en asignados, y se servía de ellos en Suiza, Suecia, Dinamarca y América para pagar los granos y diversos productos que compraba.

Todo el comercio de Francia se hallaba, pues, reducido á los abastecimientos que el gobierno hacía en los países extranjeros por medio de los valores obtenidos forzosamente de los banqueros franceses. Apenas llegaban á los puertos algunas mercancías de libre comercio, quedaban requisadas, lo cual desanimaba completamente, como ya hemos indicado, á los comerciantes que habían dado grandes sumas por el flete y los seguros y que debían vender luego al *máximum*. Los únicos géneros que abundaban algo en los puertos eran los que provenían de presas hechas al enemigo; pero unos quedaban detenidos por las requisiciones y los otros por la prohibición que pesaba sobre todo producto de las naciones enemigas. Nantes y Burdeos, devastadas ya por la guerra civil, veíanse reducidas por aquel estado del comercio á una inercia absoluta y á una extrema miseria. Marsella, que vivía en otro tiempo de sus relaciones con el Levante, veía sus puertos bloqueados por los ingleses, sus principales negociantes dispersados por el terror y sus jabonerías destruídas ó trasladadas á Italia; de modo que sólo hacía algunos cambios desventajosos con los genoveses. Las ciudades del interior no se hallaban en menos triste estado: Nimes había dejado de producir sus sederías, de las que exportaba en otro tiempo por valor de veinte millones; la opulenta ciudad de Lyon, arruinada por las bombas y la mina, estaba demolida, y no se fabricaban allí ya los ricos tejidos que daban antes al comercio por valor de sesenta millones. Un decreto por el cual se detenían los géneros destinados á los distritos rebeldes, era causa de que se estancaran aquéllos alrededor de Lyon en cantidad considerable, debiendo quedar una parte en la ciudad y pasar la otra por ella para dirigirse

á los innumerables puntos del Mediodía. Las ciudades de Chalóns, Macón y Valence se habían aprovechado de este decreto para detener los géneros que pasaban por este camino tan trillado. Sedán se vió obligada á interrumpir la fabricación de sus paños finos para ocuparse en la del paño de las tropas, y sus principales fabricantes vivían además perseguidos como cómplices del movimiento proyectado por Lafayette después del 10 de agosto. Los departamentos del Norte, del Paso de Calais, del Somme y del Aisne, tan ricos por el cultivo del lino y del cáñamo, habían sido completamente arruinados por la guerra. Hacia el Oeste, en la desgraciada Vendée, había un espacio de más de sesenta leguas cuadradas asolado por el hierro, y el fuego; hallábanse los campos en parte desiertos, y numerosas cabezas de ganado vagaban á la ventura sin pasto y sin establo. En fin, en todos aquellos puntos donde los desastres particulares no se agregaban á las calamidades generales, la guerra había disminuído singularmente el número de brazos, y el terror en los unos y la pre-ocupación política en los otros alejaron ó trajeron del trabajo á un gran número de ciudadanos laboriosos. ¡Cuántos preferían á sus talleres y campos los clubs, las consejos municipales y las secciones, donde recibían cuarenta sueldos por ir á alborotar y agitarse!

Así, pues, el cuadro que presentaba Francia, salvada del hierro extranjero, pero exhausta momentáneamente por los esfuerzos que se habían exigido de ella, se componía de desorden en todos los mercados, falta de subsistencias, suspensión en las manufacturas por efecto del *máximum*, mudanzas sin tino, acopios inútiles, excesivo consumo de mercancías, falta de medios de transporte á consecuencia de las requisas, paralización de comunicaciones con todas las naciones vecinas por efecto de la guerra, bloqueos marítimos, secuestros, asolación de las ciudades industriales y de muchos países agrícolas por la guerra civil, disminución de brazos por las quintas y ociosidad engendrada por la afición á la vida política.

Figúrese, pues, ahora el lector, después del 9 termidor, dos partidos encontrados: uno que creía indispensables los medios revolucionarios é ideaba prolongar indefinidamente un estado naturalmente transitorio, y otro exasperado por los inevitables males de una organización extraordinaria, que olvidaba los bienes que ella había producido y quería desterrarla por sangui-naria; figúrese dos partidos de semejante naturaleza en continua lucha, y concebiremos cómo hallaban en la situación de la Francia motivos para acusarse mutuamente. Los jacobinos se quejaban de la relajación de todas las leyes; de que los arrendadores, mercaderes y ricos comerciantes violaban el *máximum*, de la ineficacia de las leyes contra el agiotaje y descrédito de los asignados, reproduciendo así los clamores de los hebertistas contra los ricos logreros y agiotistas. Por el contrario sus adversarios, que por primera vez se atrevían á combatir las providencias revolucionarias, se declaraban contra la excesiva emisión de los asignados, las injusticias del *máximum*, la tiranía de las requisas, los desastres de Lyon, Sedán, Nantes y Burdeos, y finalmente contra las prohibiciones y trabas de todo género, que paralizaban y arruinaban el comercio. Estos eran los objetos frecuentes de las peticiones, además